

El prisma iliberal y el estudio de la extrema derecha hoy. Una conversación con Marlène Laruelle*

Por Arsenio Cuenca (École Pratique des Hautes Études, Francia).

El trabajo de Marlène Laruelle permite ver con cierta claridad la forma en la que el análisis y la reflexión intelectual están moldeados por el mundo que nos rodea. Dedicada al estudio de la ideología y de la política rusa desde hace casi tres décadas, Laruelle ha visto evolucionar a lo largo de los últimos años esos objetos tan complejos que son Rusia y su cosmovisión, su forma de entender el mundo allí. Tras años estudiando el eurasianismo, el paradigma geopolítico que contempla la creación de un imperio interétnico entre Europa y Asia, con capital en Moscú, y observando la forma en la que esta ideología marginal conseguía abrirse paso hasta las más altas esferas del Kremlin, Laruelle se vio en la necesidad de renovar las herramientas teóricas que le permitieran entender con más claridad el alcance reciente de estos fenómenos conservadores y de extrema derecha. Además, el contexto ruso puede extrapolarse a otras latitudes de lo más dispares. Evidentemente, a aquellos países del antiguo bloque del Este donde la transición a una economía de mercado no trajo consigo una mejora sustancial de su situación, pero también a otros en el centro internacional de este modelo económico, así como a ciertas regiones del llamado sur global. ¿Cómo darle sentido a este *backlash* ideológico que asola el mundo de forma coherente, aunque adoptando formas tan diversas al mismo tiempo?

Esta es la coyuntura que llevó a Laruelle a desarrollar el campo de estudio del iliberalismo. Según Laruelle, el iliberalismo funciona como un esquema discursivo que pone en tela de juicio los varios planos que componen la ideología liberal: económico, político, social, cultural, geopolítico, etc. A modo de macro-categoría ideológica, el iliberalismo metamorfosea otros subconjuntos político-ideológicos de una forma u otra. La ideología de extrema derecha y el conservadurismo, donde encuentra un terreno fértil, se han visto mayormente atraídos hacia posiciones iliberales. No obstante, el iliberalismo también ha permeado en ideologías alejadas de estos márgenes del espectro político, provocando la deriva de corrientes, en un principio progresistas, hacia la derecha. Así, Laruelle asocia el iliberalismo a “un clúster de ideologías que rechaza todos o parte de los diferentes planos del liberalismo” (Laruelle, 2024:4). Un fenómeno global pero situado

* Cómo citar:

Laruelle, Marlène y Arsenio Cuenca (2025). El prisma iliberal y el estudio de la extrema derecha hoy. Una conversación con Marlène Laruelle. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(2), e2502.

(*global but context-dependent*), que evoluciona de forma diferente en función de las coordenadas en las que se desarrolla, e influye no solo en la esfera política *stricto sensu*, sino también en la mediática o en la cultural.

Poco a poco, el análisis del iliberalismo como campo y objeto de estudio está abriéndose paso en la investigación. Algunas reticencias a adoptar este marco pueden deberse a la predilección hacia otros conceptos de mayor tradición, fundamentalmente el de extrema derecha o incluso el de fascismo. Sin embargo, el estudio de fenómenos iliberales dialoga con estas nociones y aboga igualmente por establecer una continuidad histórica con ellas. Laruelle asocia el momento en el que el iliberalismo se instala en nuestras sociedades a la desindustrialización y al auge de la economía de servicios, contexto que suscita el agotamiento de antiguas identidades estructuradas en torno al estatus socio-económico y que da pie a nuevas identidades que, a su vez, generan nuevos lugares de contestación políticos. Con todo, el proceso en el que Laruelle inscribe el iliberalismo es mucho mayor a nivel histórico, asociándolo a fenómenos pasados como el pensamiento contrarrevolucionario de finales del siglo XVIII, que surge en reacción a la Ilustración (Laruelle, 2024). Este plano temporal permite ver el iliberalismo no como un punto y aparte en el campo de estudios de la extrema derecha o del fascismo, sino más bien como el desarrollo de una forma de análisis alternativa que permita estudiar las bifurcaciones de esta familia ideológica dentro de la continuidad histórica.

Marlène Laruelle es una interlocutora de excepción a día de hoy. A las innovaciones que propone en el sugestivo campo del iliberalismo, así como a sus conocimientos de la esfera rusa y post-soviética, se suma su rol de figura pública. Laruelle, quien desarrolla su investigación desde hace más de quince años en la Universidad George Washington (Washington D.C., Estados Unidos), ha publicado estos últimos años varios artículos de divulgación sobre la política estadounidense, en concreto desde que Donald Trump ganara las últimas presidenciales en noviembre de 2024. Así, sobre sus temas de estudio de predilección, pero también sobre la situación en Estados Unidos, Marlène Laruelle ha tenido la amabilidad de conceder esta entrevista al presente monográfico de la revista *Encrucijadas*.

Arsenio Cuenca [AC]: Marlène Laruelle, muchas gracias por esta entrevista. Quisiera comenzar hablando sobre tus principales contribuciones en la investigación de las ideologías conservadora y de extrema derecha. Entre ellas, destaca fundamentalmente el marco del iliberalismo para analizar mejor estos objetos de estudio. ¿Crees que se debe a que las fronteras entre ambas esferas ideológicas se están volviendo más difusas? ¿Qué indicaría esto?

Marlène Laruelle [ML]: Gracias a ti, es un placer. El marco del iliberalismo resulta útil para analizar la actual fluidez ideológica de nuestro mundo. Esta fluidez puede explicar-

se por el fin de la hegemonía cultural del liberalismo, que está reconfigurando nuestro panorama político. En este contexto, las fronteras entre el conservadurismo clásico, que acepta las normas del liberalismo político, y la extrema derecha, que las cuestiona, se vuelven cada vez más porosas. Si bien desde el final de la Segunda Guerra Mundial el conservadurismo operaba dentro de las normas de la democracia liberal, en los últimos años algunos movimientos conservadores han adoptado estrategias iliberales que desafían no solo el progresismo social, sino también al liberalismo institucional en sí mismo. Esta convergencia sugiere que el panorama político se está reconfigurando: el conservadurismo ya no es simplemente una ideología de preservación de la tradición dentro de la democracia liberal, sino que, en ciertos contextos, se ha convertido en parte de una familia ideológica más amplia que rechaza la hegemonía liberal y considera necesario dismantelar activamente el orden liberal para preservar los valores fundamentales de nuestras sociedades. El desdibujamiento de las líneas indica que las categorías ideológicas están evolucionando y superponiéndose, lo que exige nuevas herramientas analíticas para captar estas transformaciones, y el iliberalismo es una de ellas.

AC: Hablas de fluidez en el análisis, pero tengo entendido que esto puede ser visto justamente como una debilidad. ¿Cuáles son las principales críticas que has recibido por parte de los detractores del iliberalismo como campo de estudio? ¿Cómo las has respondido?

ML: Los críticos suelen argumentar que el concepto de iliberalismo es demasiado amplio o vago, y que se superpone con nociones ya consolidadas como el populismo, el conservadurismo o el autoritarismo. Algunos temen que carezca de precisión, que corra el riesgo de convertirse en una categoría "atrapa-todo" o que esté demasiado determinada por su dependencia respecto al liberalismo mismo. Otros afirman que se trata de un concepto normativo, que implica un juicio moral más que un análisis neutral.

Mi respuesta ha sido aclarar que el iliberalismo tiene un valor analítico precisamente porque recentra el liberalismo como objeto de crítica, revelando que muchos movimientos políticos actuales no son necesariamente antidemocráticos, sino que reaccionan específicamente contra los principios liberales. Ofrece una forma de comprender la reacción ideológica más allá de las tipologías de régimen, y permite desentrañar las propias contradicciones del liberalismo que generan tales reacciones. Además, el iliberalismo nos habla de contenidos ideológicos, no del tipo de régimen: se pueden encontrar defensores del iliberalismo tanto en regímenes democráticos como autoritarios.

AC: En tus trabajos señalas los solapamientos que existen entre el iliberalismo y otras ideologías como el conservadurismo, la extrema derecha, el populismo o incluso el liberalismo, aunque esto parezca contradictorio. Al mismo tiempo, has mencionado la existencia de una "izquierda iliberal". ¿Comparte la izquierda liberal una base ideológica común con el iliberalismo como ocurre con las otras corrientes mencionadas? ¿O se trata más bien de una porosidad entre

discursos? ¿Podría considerarse un producto de la derechización actual del debate público o es un fenómeno anterior?

ML: Dependiendo de cómo se defina el iliberalismo, también puede identificarse una izquierda iliberal. Aunque la izquierda suele defender el progresismo social —especialmente en cuestiones de familia y género— y abogar por una visión de la nación abierta e inclusiva —es ahí donde la izquierda iliberal se diferencia de la derecha iliberal—, puede rechazar principios liberales fundamentales como el pluralismo, los contrapesos institucionales o los derechos individuales de corte universalista. En ese caso, comparte ciertos elementos ideológicos con la derecha iliberal.

La crítica iliberal desde la izquierda considera que el liberalismo no solo es insuficiente, sino estructuralmente incapaz de ofrecer justicia social, y por ello promueve modelos alternativos que pueden restringir ciertas libertades liberales en aras de objetivos económicos o colectivos. Los movimientos izquierdistas iliberales tienden a priorizar identidades colectivas, la soberanía estatal o el proteccionismo económico frente a lo que perciben como el excesivo individualismo, elitismo tecnocrático y, por supuesto, el capitalismo del liberalismo.

No obstante, su enfoque suele centrarse en cuestionar las políticas económicas liberales y la globalización, haciendo hincapié en la justicia social, la redistribución o marcos antiimperialistas. La radicalidad de algunos movimientos estadounidenses de justicia social, como la “teoría crítica de la raza”¹, puede en ciertas condiciones ser analizada también como iliberal. Por tanto, en lugar de ver a la izquierda iliberal como una anomalía, resulta analíticamente útil considerarla como parte de la capacidad adaptativa más amplia del iliberalismo en todo el espectro ideológico, impulsada por la desilusión frente a las promesas del liberalismo tanto en su dimensión económica como cultural.

AC: Uno de tus centros de interés dentro del estudio de la ideología iliberal en la actualidad incluye ciertas expresiones de iliberalismo cultural. Por ejemplo, dentro de la escena musical country en Estados Unidos o en la revalorización de las identidades regionales en Francia. ¿Qué formas adquiere el iliberalismo de este tipo?

ML: Concibo la cultura como un espacio de disputa política. Los grupos a los que pertenecemos, las comunidades en línea que seguimos, las actividades de ocio que practicamos, el entretenimiento que consumimos e incluso, a veces, los alimentos que comemos están entrelazados con nuestras identidades políticas y sociales. La existencia de producciones culturales iliberales contribuye a la normalización del iliberalismo y, por tanto,

1 Según Delgado y Stefancic, “la teoría crítica de la raza busca estudiar y transformar las relaciones entre raza, racismo y poder [...] A diferencia del discurso tradicional sobre los derechos civiles, que hace hincapié en el incrementalismo y el progreso paso a paso, la teoría crítica de la raza cuestiona los fundamentos mismos del orden liberal, incluida la teoría de la igualdad, el razonamiento jurídico, el racionalismo de la Ilustración y los principios neutrales del derecho constitucional” (2017:3). Por estas razones, se pueden identificar tendencias iliberales en la teoría crítica de la raza.

a un nuevo sentido común cultural que, con el tiempo, puede facilitar la legitimación de proyectos y políticas iliberales. Sin comprender los productos culturales y las prácticas sociales que están impregnadas de valores iliberales, no podemos entender el apoyo popular que reciben los proyectos y líderes políticos iliberales.

Por eso, en mi investigación actual busco explorar la intersección entre la cultura pop, la cultura de las celebridades, la *fanfiction*, la fantasía y la promoción de ideas iliberales. Por ejemplo, en Estados Unidos, las escenas de la música country a menudo exaltan mitos nacionales muy estereotipados, identidades rurales tradicionales, jerarquías sociales y sentimientos nacionalistas, convirtiéndose en espacios de resistencia cultural frente a las normas progresistas. En Francia, la revalorización de las identidades regionales, por ejemplo, tal como se despliega en Le Puy du Fou, el principal parque recreativo del país, dirigido por el político de extrema derecha Philippe de Villiers, puede encarnar de forma similar tendencias iliberales al promover una visión nostálgica y excluyente de la comunidad que se opone al multiculturalismo. Este iliberalismo cultural consiste en defender unas tradiciones consideradas auténticas frente al universalismo liberal, y en celebrar el particularismo como forma de política identitaria.

AC: Los ejemplos que mencionas —el country en Estados Unidos y el parque Le Puy du Fou en Francia— se enmarcan en contextos occidentales. A menudo se dice que categorías como “extrema derecha” solo son aplicables en Occidente. No obstante, el concepto de “iliberalismo” parece ser útil también para analizar fenómenos en países del Sur Global como China, Irán o en algunas regiones de África y Latinoamérica. ¿A qué crees que se debe esta aplicabilidad más amplia?

ML: Creo que podemos argumentar que, por ejemplo, India cuenta con fuertes movimientos de extrema derecha que pueden identificarse como tales. Muy a menudo, la literatura occidental sobre estos temas sigue siendo desesperadamente eurocéntrica, ignorando al llamado Sur Global y siendo, por lo tanto, incapaz de articular definiciones desoccidentalizadas.

El iliberalismo, en efecto, intenta funcionar como un marco analítico más allá de Occidente, ya que capta proyectos ideológicos que impugnan las normas liberales, incluso denunciando al liberalismo como una forma de colonialismo. En el Sur Global, el iliberalismo suele entrelazarse con el sentimiento anticolonial, presentando al liberalismo como parte de la dominación occidental y posicionando a los proyectos iliberales como alternativas emancipadoras, por ejemplo, al promover los llamados valores tradicionales frente a la defensa —respaldada por Occidente— de las minorías LGBTQ+.

Dado que el iliberalismo se refiere a una ideología y no a un tipo de régimen, uno puede, efectivamente, buscarlo en India, Indonesia, Filipinas, Sudáfrica, América Latina, pero también potencialmente en Irán y China, y sin duda en Turquía. El concepto ayuda,

por tanto, a “descentrar” la mirada respecto a las experiencias occidentales, más de lo que lo hace el término “extrema derecha”.

AC: Norbert Elias ([1939] 2016) defendía que las sociedades occidentales han tendido históricamente, si bien no de manera lineal, hacia la pacificación y la regulación de la violencia. En este sentido, el culto a la fuerza y a la guerra son algunos de los principales rasgos que definieron el fascismo de entreguerras. ¿Cómo se relacionan con la violencia algunas fuerzas iliberales, teniendo en cuenta que muchas de ellas se posicionan públicamente contra el fascismo? ¿Crees que la tesis de Elias sigue siendo válida para interpretar estos fenómenos actuales?

ML: Estoy de acuerdo con el argumento de Elias como una tesis histórico-filosófica de largo plazo. Si observamos periodos más cortos, el siglo XX fue particularmente violento, especialmente debido a la violencia ejercida por el Estado sobre sus propia ciudadanía, y el primer cuarto del siglo XXI parece valorizar de nuevo el “poder duro”. Así, la tendencia histórica de las sociedades occidentales a “domesticar” la violencia puede ser cuestionable en ciertos aspectos.

Mientras que el fascismo celebraba la guerra y la regeneración a través de la violencia, muchos movimientos iliberales contemporáneos se distancian públicamente de ese culto a la violencia, presentando sus proyectos como restauraciones morales más que como revoluciones militaristas. Obviamente, su rechazo a los contrapesos liberales, su mayoritarismo y su retórica excluyente pueden facilitar formas de violencia sistémica o simbólica contra minorías y disidentes. Pero la escala es totalmente distinta de la experiencia fascista. La tesis de Elias sobre la pacificación de las sociedades occidentales sigue siendo parcialmente válida, pero podemos observar que, bajo condiciones de inseguridad social y polarización cultural, algunos —no todos— movimientos iliberales pueden respaldar el uso del poder coercitivo, aunque reformulado como protección de los valores tradicionales más que como una glorificación explícita de la violencia.

AC: En tu libro *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West* (2021) cuestionas el uso de la categoría de “fascismo” para analizar el régimen de Putin. Sin embargo, en los últimos años hemos visto que este término también se utiliza para referirse al gobierno de Donald Trump en Estados Unidos o a la posible llegada al poder de Marine Le Pen en Francia. ¿Crees que la tesis que sostienes sobre Rusia podría aplicarse también a estos otros casos?

ML: En mi análisis de Rusia, sostuve que calificar a los regímenes fascistas a menudo oculta más de lo que revela, reduciendo una configuración ideológica compleja a una condena moral. Esto se aplica aún más a Trump o Le Pen, quienes desarrollan un proyecto político en sociedades con una infraestructura democrática más sólida y una sociedad civil establecida —algo que Rusia no tenía. Si bien los líderes iliberales despliegan una retórica excluyente, nacionalista y autoritaria, sus proyectos difieren histórica e

ideológicamente del fascismo de entreguerras. Considero que el uso del término “fascismo” corre el riesgo de cerrar la investigación analítica y de reducir estos movimientos a una sola categoría moral, impidiéndonos comprender cómo sus críticas iliberales al liberalismo resuenan dentro de sociedades democráticas. Su genealogía fascista puede ser exacta, pero su acción política no encaja del todo en ese concepto. Pensemos, por ejemplo, en Giorgia Meloni en Italia, quien proviene de un pasado muy explícitamente mussoliniano, pero ha logrado liderar el país manteniéndose dentro de las realidades institucionales de la Unión Europea. Como concepto, el iliberalismo nos permite entender estas complejidades y ambivalencias, mientras que el de fascismo tiende a borrarlas.

AC: No obstante, si profundizamos en la situación de Rusia, queda por abordar la cuestión del tejido social y de su posible radicalización. En tu último libro, *Ideology and Meaning-Making Under the Putin Regime* (2025) insistes en el carácter colaborativo de la producción y reproducción de la ideología del régimen. Si diferentes actores vinculados a las élites políticas o intelectuales influyen en la configuración ideológica del Kremlin, ¿hasta qué punto participa también la sociedad civil rusa? ¿Dirías que la mayor parte de la ciudadanía rusa se identifica con la visión de Vladímir Putin?

ML: Mi trabajo reciente enfatiza la producción ideológica de Rusia bajo Putin como una co-creación, que involucra a las élites políticas, círculos intelectuales e instituciones vinculadas al Estado. La sociedad civil rusa también desempeña un papel al reproducir estas ideas a nivel local. Sin embargo, esto no implica una identificación unánime con la visión de Putin; más bien, refleja una mezcla de aceptación pasiva, adaptación estratégica y apoyo genuino, que coexiste con focos de disidencia.

Bajo Putin, el uso de la ideología en Rusia se comprende mejor no como una doctrina coherente, sino como una caja de herramientas flexible de narrativas destinadas a legitimar el régimen y gestionar el pluralismo social. El Kremlin no impone una visión del mundo totalizante; en cambio, emplea un bricolaje estratégico, tomando selectivamente elementos del nacionalismo ruso, la nostalgia soviética, el conservadurismo ortodoxo, el euroasianismo y discursos antioccidentales. Esto le permite apelar a diversos sectores de la población, evitando a la vez una rigidez ideológica que podría alejar a parte de la sociedad. La ideología funciona así principalmente como una tecnología de gobernanza, moldeando los marcos de interpretación pública para reforzar la estabilidad del régimen.

Más que propaganda puramente vertical, la producción ideológica rusa opera como un ecosistema discursivo, que inserta narrativas oficiales en productos culturales, contenidos educativos y proyectos de identidad local. Sus objetivos son mantener la lealtad, desactivar las demandas de reformas liberales presentándolas como occidentales o decadentes, y ofrecer a la ciudadanía relatos de unicidad civilizatoria y resiliencia. Este enfoque flexible y multivocal permite al régimen sostener su legitimidad sin requerir una

interiorización total de la ideología por parte de la sociedad, apoyándose en cambio en una aceptación pragmática y una resonancia cultural.

AC: Tus contribuciones más recientes al debate público incluyen varios artículos sobre la victoria de Donald Trump y de la administración americana actual. ¿Qué forma dirías que está tomando la “revolución conservadora”² que estaría viviendo la sociedad estadounidense?

ML: La radicalidad y el ritmo acelerado de los cambios institucionales iniciados por la segunda administración de Donald Trump han tomado por sorpresa a muchas personas observadoras. El hecho de que la versión más radical del iliberalismo provenga de Estados Unidos, el corazón y fuente por excelencia del liberalismo occidental, merece una profunda reflexión. Los avances electorales del iliberalismo no son accidentes de la historia: *Illiberal America* —el título del nuevo libro de Steven Hahn— muestra las tradiciones iliberales profundamente arraigadas en el corazón del país que encarna el liberalismo.

El trumpismo ha transformado drásticamente el conservadurismo estadounidense y el Partido Republicano —probablemente por mucho tiempo. A diferencia del fusionismo tradicional³, que defendía la libertad individual, los mercados libres y el liberalismo político estadounidense, el trumpismo promueve el conservadurismo moral, el proteccionismo económico y un proyecto explícito para dismantelar las limitaciones institucionales del liberalismo. La revolución trumpista es, por lo tanto, abiertamente iliberal, con el objetivo de reestructurar el orden constitucional para privilegiar el poder ejecutivo y redefinir la identidad nacional en términos excluyentes. Es una versión actualizada del paleoconservadurismo⁴, que impulsa una nueva teología política inspirada en gran medida por el nacionalismo cristiano. Encaja así bastante bien con la definición de una revolución conservadora: un llamado a una transformación rápida y decisiva del orden social, sin punto de retorno, con la esperanza de regenerar los valores morales.

AC: Ya para terminar, me gustaría preguntarte sobre el primer mandato del presidente Trump (2017-2021). Durante ese periodo, estuvo rodeado de figuras que terminaron criticando sus excesos, como su vicepresidente Mike Pence o su consejero de seguridad nacional, John Bolton. Sin embargo, en esta nueva etapa, Trump parece incluso el más moderado frente a perfiles como un Steve

2 Smolar, Piotr (2025). Project 2025, the conservative revolution disrupting Trump's forward march, *Le Monde*, 18 Julio, ([enlace](#)).

3 El fusionismo tradicional es una corriente de pensamiento que intentó unir la economía libertaria defendida por pensadores como Murray Rothbard (1926–1995) con las tradiciones aristocráticas, a menudo de raíz católica, del viejo *establishment* de la derecha en Estados Unidos, el fusionismo fue un elemento clave en el panorama político estadounidense del movimiento conservador de mediados del siglo XX (Silverman, 2025).

4 El paleoconservatismo hace referencia a una corriente nacionalista, proteccionista e aislacionista, asociada a la vieja derecha de Estados Unidos, encarnada por el periodista y candidato a las presidenciales durante los años 1992-2000, Pat Buchanan (Raim, 2016).

Bannon rehabilitado, Elon Musk criticando su política monetaria desde la derecha o el nacional-conservadurismo de JD Vance. ¿Qué nos revela este desplazamiento?

ML: El panorama actual del trumpismo está efectivamente estructurado en torno a tres grandes corrientes. La primera es el conservadurismo populista encarnado por J.D. Vance, quien se ha convertido en el rostro intelectual del “trumpismo gubernamental”. Apoyándose en sus orígenes en la clase trabajadora y en el éxito de *Hillbilly Elegy*, Vance articula una visión de conservadurismo popular basada en la crítica a las élites liberales y enmarcada como una restauración moral y económica de la nación. Su pensamiento combina corrientes intelectuales posliberales e iliberales, críticas con los fracasos del liberalismo, con las ideas tecno-futuristas de figuras como Peter Thiel, imaginando una sociedad empoderada por el avance tecnológico pero que preserve los valores tradicionales.

La segunda corriente es el futurismo tecno-libertario, personificado por Elon Musk, cuya intervención a corto plazo dentro del gobierno estadounidense celebró la desregulación radical y la reducción de la intervención estatal. El relato de Musk combina la mitología capitalista estadounidense, el antiestatismo libertario y el utopismo de ciencia ficción, posicionándolo como un titán industrial moderno que revive los mitos fundacionales de Estados Unidos. La tercera corriente es el extremismo nacional-populista, representado por Steve Bannon, quien fusiona referencias culturales fascistas y *alt-right* con retórica religiosa y militarista, presentando a Trump como un líder providencial en una lucha existencial. Aunque estas corrientes —conservadurismo populista, futurismo tecno-libertario y extremismo nacional-populista— mantienen tensiones internas y estilos divergentes, permanecen unidas por su lealtad a Trump, formando una amalgama ideológica posmoderna que rompe con las normas políticas convencionales.

AC: Muchas gracias Marlène, ha sido un placer conversar contigo.

Referencias bibliográficas

Delgado, Richard, y Jean Stefancic (2023). *Critical race theory: An introduction*. NyU press.

Elias, Norbert [1939] (2016). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

Hahn, Steven (2024). *Illiberal America: A History*. W.W. Norton & Company.

Laruelle, Marlène (2021). *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West*. Cornell University Press.

Laruelle, Marlène (2022) Illiberalism: A Conceptual Introduction. *East European Politics*, 38(2), 303-327.

Laruelle, Marlène (2024). Introduction: Illiberalism Studies as a Field. En M. Laruelle (ed.), *The Oxford Handbook of Illiberalism* (pp.1-40). Oxford University Press.

Laruelle, Marlène (2025). *Ideology and Meaning-Making Under the Putin Regime*. Stanford University Press.

Raim, Laura. (2016). "La « nouvelle droite » américaine Les défenseurs du peuple blanc contre la démocratie." *Revue du Crieur*, no. 5(3), p. 36-51.

Silverman, Grant. (2025) "Building the International Right: The American Conservative Union and CPAC." *IERES Occasional Papers*, no. 29, p. 1-12.